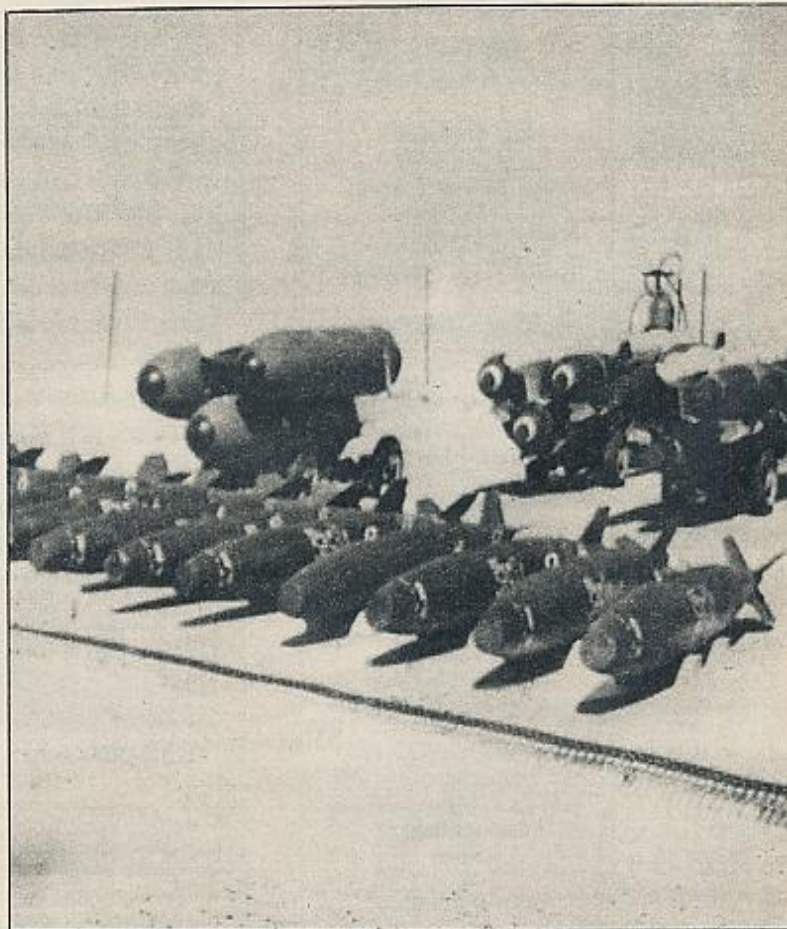


LAS ARMAS Y LA DEMOCRACIA

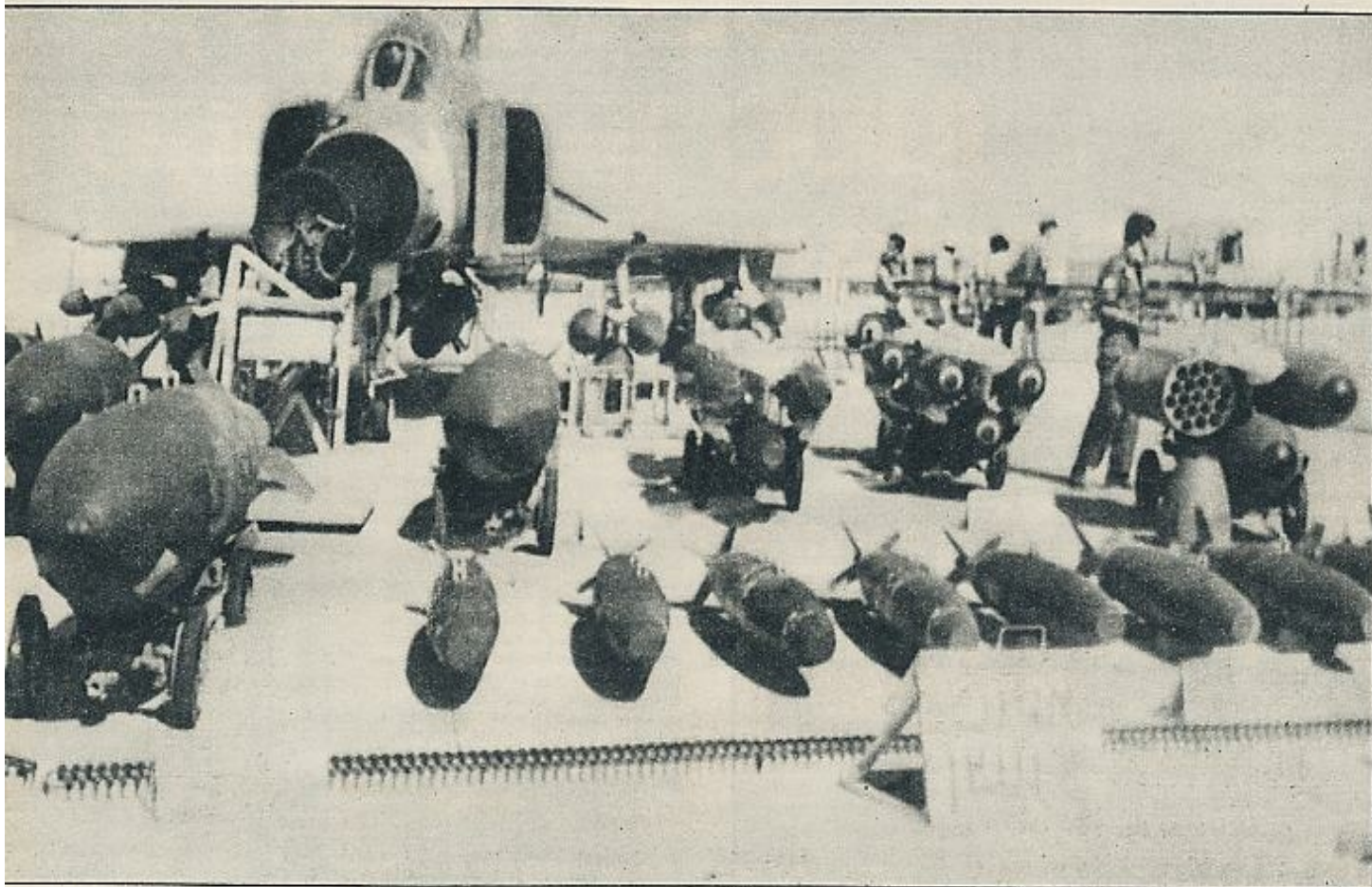


INGLATERRA ha decidido vender armas a África del Sur; Francia se las venderá a Grecia. Son dos golpes rudos para la imagen moral de la democracia, de la que los dos países se consideran guardianes tradicionales en Europa. El jueves de la semana pasada, el nuevo primer ministro británico, Edward Heath, hablaba en la Asamblea de Municipalidades Europeas celebrada en Londres para solicitar que Europa mejore y adelante las funciones democráticas, como base para su futura unión. Considera que la Gran Bretaña será indispensable para ello: «Una vez que la Gran Bretaña sea miembro de la Comunidad Europea, los británicos serán los primeros en presionar para conseguir un control democrático y parlamentario de las operaciones de la Comunidad». Este puritano de la democracia no vacila, sin embargo, en vender armas a la nación más racista del mundo o, por lo menos, a la única nación que, con posterioridad a la guerra, sostiene el racismo inscrito en su constitución y en sus leyes. Para lo cual, la Gran Bretaña tiene que violar las disposiciones de las Naciones Unidas en esa materia. Podría decirse en descargo de Inglaterra que no ha sido la primera en violar el acuerdo de la Asamblea General de 1963 y que otros acuerdos de bloqueo contra África del Sur y Rhodesia han sido violados, incluso por países africanos negros. No es ese su argumento principal. Prefiere no salirse del tópico y explicar que las armas para África del Sur tienen el objeto de ayudar al mundo de Occidente y a la OTAN en su defensa contra la URSS. Se han visto, quizá se hayan visto, submarinos soviéticos patrullando por el Índico. Podrían llegar a ser una amenaza para la navegación por el cabo de Buena Esperanza. El cual es indispensable desde el cierre del canal de Suez. Las armas que se vendan a África del Sur no podrán utilizarse en el interior del país: son armas para garantizar la defensa de la ruta del cabo y de esta forma Gran Bretaña contribuirá a la gran preocupación militar actual en Occidente: la defensa del Mediterráneo, el fortalecimiento del flanco Sur de la alianza.

Las armas que los Estados Unidos dieron a Grecia por medio

de la OTAN tenían también una misión exterior, una defensa del Mediterráneo, del flanco Sur. Sirvieron para el golpe de Estado. No sólo las armas, sino también el plan militar que se puso en marcha aquel día, que era uno de los previstos por el mando atlántico para caso de la ocupación de Grecia por fuerzas enemigas. El castigo a Grecia por aquella mala utilización de las armas comunes fue, además de una repulsa moral, un duro juicio en la OTAN y la expulsión del Consejo de Europa. Los Estados Unidos decidieron en 1967 imponer un embargo en la venta de armas a Grecia. La postura americana entrañaba, sin duda, una considerable duplicidad, puesto que hay abundantes pruebas de que la CIA colaboró en el golpe de Estado y, sobre todo, porque a pesar de la prohibición el tráfico de armas de Estados Unidos a Grecia no se ha cortado realmente: según el «Business Week», Grecia recibió de los Estados Unidos, en el año 1969, armas por valor de 36 millones de dólares. Pero se trata desde hace algún tiempo no ya de proseguir ventas clandestinas, sino de levantar el embargo. El Pentágono ejerce en ese sentido una presión fuerte sobre la Casa Blanca. El Pentágono cree que realmente el golpe de Estado en Grecia fue útil para la OTAN —léase, para los intereses europeos de Estados Unidos—, puesto que al barrer a la oposición evitó los movimientos neutralistas en Grecia. En el momento de la prohibición quedaron bloqueados en Estados Unidos armamentos para Grecia por valor de 50 millones de dólares, y Nixon no tendría ninguna dificultad en enviarlos en el mismo momento en que se levantase el embargo. Tendría, sin embargo, problemas para otro material en el futuro. El Congreso no parece aún dispuesto a aceptar estas ideas.

Por eso Grecia negocia desde hace tiempo con otros países. Uno de ellos es Alemania Occidental, el otro Francia. Alemania Occidental presenta algunas dificultades. Su «apertura al Este» se vería comprometida. Francia, en cambio, tiene menos prejuicios. En todos los movimientos políticos europeos contra Grecia, Francia —la Francia de Pompidou— ha procurado maniobrar para



evitar sanciones a Grecia; cuando no lo ha conseguido, ha decidido abstenerse. La noticia de que va a vender una importante cantidad de armas y en unas condiciones muy favorables a los griegos corona esta coherente actitud. Sin duda pone al gobierno francés en contradicción con otros elementos de su política: contra una generalidad de su opinión pública que no acepta las dictaduras declaradas, contra su política árabe —para los países árabes, Grecia es una base de apoyo a Israel— y contra la terminología moral del Consejo de Europa, que suponía que este tipo de presiones podría obligar al gobierno griego a una restauración de la democracia, a un regreso del Rey y un mayor respeto de los derechos del hombre. Francia arguye, a su vez, la necesidad de la defensa del Mediterráneo y, en cierta forma, la continuación de la política original degolista de sustitución de los Estados Unidos. Es decir, de la «tercera fuerza» europea. Da a entender que si vende armas a Grecia se adelantará simplemente a algo que los Estados Unidos harían de todas formas y conseguirá que Grecia se sienta más unida a Europa —esto es, a Francia— que a los Estados Unidos. Las condiciones que ofrece a Grecia para la adquisición de este material parecen inmejorables: quince años de crédito y un interés del 3 por 100, mientras las ventas de los Estados Unidos se suelen hacer con un plazo de diez a doce años y un interés que oscila entre el 6 y el 7 por 100.

Es fácil imaginar que los pretextos políticos ocultan, en realidad, una necesidad de negocios. La venta de armas británicas a África del Sur puede significar una ayuda para una situación desfalliente en el gobierno exterior, quizá no tan exageradamente grave como proclama el gobierno conservador —con tres objetivos: desprestigiar al gobierno laborista precedente, romper la huelga de los puertos, explicar sus ventas de armas—, pero sí bastante importante. En cuanto a Francia, ha convertido la venta de material militar, desde hace tiempo, en una de sus principales fuentes de ingresos en el exterior. Es un material que goza de gran crédito en los Estados Mayores, especialmente sus aviones

Mirage. La ventaja de los adquirentes de este material es la de que, al contrario que los Estados Unidos, no pone condiciones políticas. Las ha puesto en un caso, el de Israel y los países árabes, y aun así buscó un cierto pretexto para realizar una venta de aviones a Libia: también, en aquel caso, tratando de cubrir un hueco que dejaban los Estados Unidos.

Mientras tanto el Mediterráneo, cuya seguridad se quiere garantizar, se va cubriendo de armas. Se habla una vez más de la existencia del arma atómica en Israel. Es una información publicada en el «New York Times». Este periódico es decididamente pro-israelí; a pesar de su gran vocación de pureza informativa, no publicaría unas noticias que perjudicasen a Israel. Cabe suponer que el levantamiento, una vez más, de esta suposición debe contribuir a que los países árabes se decidan a aceptar unas condiciones de paz, y a que la Unión Soviética trate de alejar el riesgo de una guerra atómica. Israel no ha firmado el tratado de no proliferación, y además ha pedido que los aviones Phantom y los cohetes que adquiere en los Estados Unidos sean capaces de transportar armamento atómico. Los desmentidos que ha hecho el gobierno de Israel a esta noticia son lo suficientemente hábiles y vagos como para no negar ni afirmar nada. La expansión de esta noticia favorece a su campaña de intimidación y a la política de sansonismo que ejerce desde hace años: antes que desaparecer, provocar una gran catástrofe. Como todo «bluff» bien jugado, ofrece la emocionante duda de saber si es o no es una realidad la bomba atómica israelí. Teóricamente, Israel no debía tener dificultades para crear la bomba. Una gran parte de los científicos del mundo —de los creadores de la bomba atómica— son judíos: no puede haber faltado su solidaridad, ni tampoco el dinero para la construcción. Sin embargo, los Estados Unidos no estarían demasiado dispuestos a tolerar esta fuerza de su aliado. Es un punto en que ni la URSS ni los Estados Unidos están dispuestos a transigir. Les va su propia vida en ello.